

Las inscripciones autorales en la arquitectura doméstica porfiriana: el inicio de una enriquecedora fuente historiográfica¹

Ivan San Martín Córdova²

Facultad de Arquitectura de la UNAM

El presente texto aborda la importancia de las inscripciones autorales como herramienta historiográfica para la identificación y valoración de arquitectos, ingenieros civiles y militares, así como constructores y contratistas independientes poco conocidos que diseñaron, calcularon y edificaron obras habitacionales durante las dos primeras décadas del siglo XX en la Ciudad de México, y que a su vez las utilizaron como una eficiente estrategia mercantil para la consecución de clientes potenciales.

Palabras clave: Arquitectura / Ingeniería civil / Ingenieros militares / Arquitectos / Porfirismo.

This paper discusses the importance of authorial inscriptions as historiographical tool for the identification and assessment of architects, civil engineers and military, as well as poorly understood independent contractors and builders who designed, calculated and built housing during the first two decades of the twentieth century in Mexico City, and that in turn, used an efficient strategy to achieve commercial prospects.

Keywords: Architecture / Civil Engineering / Military Engineer / Architect / Porfirism.

A Israel Katzman, por la brecha que nos marcó.

*Y una infinidad de residencias particulares,
muchas de las cuales, ostentan en
la fachada, la placa que me acredita como director de su
proyecto y construcción...*

Ingeniero Militar Teniente Coronel Ernesto Canseco, 1916.³

INTRODUCCIÓN

Los historiadores de la arquitectura solemos acudir a fuentes de consulta tradicionales como libros, periódicos y revistas, o bien, a planos arquitectónicos cuando se tienen disponibles, los cuales nutren nuestra particular interpretación de los hechos históricos edificados. No obstante, debemos estar abiertos a incorporar cualquier otra fuente que nos brinde

1. Este texto forma parte de los productos de investigación elaborados durante mi periodo sabático durante 2011.

2. Arquitecto y Maestro en Urbanismo por la UNAM, Doctor en Arquitectura por la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC). Investigador titular tiempo completo en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Es investigador de tiempo completo en la Coordinación de investigaciones en arquitectura, urbanismo y paisaje de la misma Facultad. Sus líneas de trabajo son la teoría y la historia de la arquitectura del siglo XX. Autor del libro *Medio siglo de arquitectura: historia y tendencias*, así como de artículos en revistas nacionales e internacionales. Miembro fundador del capítulo mexicano de Documentar para Conservar el Movimiento Moderno (Docomomo). Pertenece al nivel I del Sistema Nacional de Investigadores. De 2005 al 2009 fue Coordinador General del entonces Centro de Investigaciones y Estudios de Posgrado de la misma Facultad.

3. Carta presentada por el teniente coronel Ernesto Canseco al Secretario de Guerra y Marina fechada en 1916, en la que expone toda la obra que ha realizado con el fin de volverse a incorporar al Ejército. Expediente núm. D/111-5/4556, foja 002 en la Dirección de Archivo Militar, Archivo e Historia, Sedena. A partir de esta nota, todas las referencias de documentos militares provienen del mismo archivo.

información adicional, como las llamadas “inscripciones autorales”, aquellas placas o relieves que solían colocarse en algún lugar preeminente de la fachada de alguna obra, y que, a nuestro juicio, aportan una gran cantidad de información histórica sobre los profesionales que intervinieron: nombres de los autores, pertenencia profesional, origen formativo, años de construcción, e incluso direcciones laborales y teléfonos de contacto de los despachos, todo ello enmarcado en soportes de materiales y diseños diversos que nos indican las empatías estilísticas de los autores, además de que eventualmente llegan a informarnos del nombre de los talleres en donde se fabricó este tipo de soportes. Es evidente la importancia historiográfica de estas inscripciones cuando se trata de documentar una obra puntual, cuya fecha debe compararse con la inscrita en planos y demás fuentes. Su inserción no obedecía a factores ególatras, como sucede con muchos pintores que “firman” sus obras, sino más bien a una estrategia comercial para asegurar su visibilidad entre posibles clientes. No es casual que estas inscripciones autorales hayan incluido las direcciones de sus despachos y que su aparición sea reiterada en ciertos géneros arquitectónicos: el doméstico y el comercial principalmente. Tampoco es fortuito que este fenómeno se hubiera dado con mayor fuerza en la Ciudad de México, donde se contaba con egresados de diversa formación profesional preparados para enfrentar el diseño y la construcción, tales como arquitectos, ingenieros civiles y de caminos, ingenieros militares, además de constructores y contratistas independientes, quienes utilizaron las inscripciones autorales como mecanismo de su promoción laboral.

Ante este particular panorama, se utilizó como metodología de investigación el “peinado de calles” en las colonias centrales de la capital,⁴ lo que nos brindó una pléyade de arquitectos, ingenieros civiles y militares –muchos de ellos poco conocidos–, así como constructores, contratistas y compañías mercantiles independientes. Adicionalmente, los datos faltantes se complementaron con los registros

autorales que había detectado minuciosamente Israel Katzman,⁵ lo que nos condujo a constatar si aún se encontraban en pie muchas de las obras por él identificadas. Desafortunadamente, varias de ellas han desaparecido. Y entre las que aún existen, se ha perdido, borrado, cerceñado, tapado o simplemente descuidado las inscripciones autorales, que son a fin de cuentas un valioso fragmento material de su patrimonio arquitectónico.

LOS ORÍGENES DE ESTA PRÁCTICA AUTORAL EN MÉXICO

La intención de informar acerca del nombre del autor de una obra ha sido una práctica recurrente en la tradición artística occidental –pintura y escultura, principalmente– a raíz del incremento del valor cultural del artista alcanzado en el Renacimiento y consolidado en el Romanticismo decimonónico por el culto al genio individual, donde la autoría y la firma sobre el lienzo o la escultura implicaban tanto el reconocimiento artístico para el autor, como el prestigio social del coleccionista que la había adquirido, y que con el tiempo significaría valor económico para los herederos como futuros poseedores de las piezas. En arquitectura esta práctica autorale no fue utilizada durante siglos. Conocemos los nombres de algunos autores de catedrales góticas por su incorporación en fuentes complementarias –como los contratos de obra– y no porque estén “firmadas”, puesto que la mentalidad medieval no propiciaba el culto al individualismo. En el México español tampoco se fomentó el individualismo autorale en la arquitectura, tanto en edificios públicos como en la arquitectura doméstica. Será hasta finales del siglo XIX, ya en el México independiente, cuando comenzaron a aparecer gradualmente algunas inscripciones que nos indican la procedencia autorale de la arquitectura, primero con nombres de ingenieros civiles y militares, y un poco más tarde con arquitectos, seguido de constructores y talleres artesanales que habían intervenido en algún proceso productivo de la obra.

4. Hasta el momento se han “peinado” las colonias Santa María la Ribera, San Rafael, Juárez, Cuauhtémoc, Hipódromo, Roma, Condesa y parcialmente el Centro Histórico. Falta aún Polanco, Verónica Anzures, Tabacalera, Guerrero y Nápoles.

5. Me refiero desde luego al libro: Israel Katzman, *Arquitectura del siglo XIX en México*, Trillas, México, 1993.



Figura 1
Este edificio en Isabel La Católica núm. 66 mostraba a principios de los años setenta la inscripción autoral más antigua que se había registrado, de Rodrigo Elcoro, hacia 1887. En la actualidad, ha sido borrada parcialmente la fecha. Foto: Ivan San Martín Córdova (ISMC), 2011.

INGENIEROS CIVILES: PIONEROS DE LAS INSCRIPCIONES AUTORALES PROFESIONALES

La presencia de los nombres de los ingenieros civiles en las inscripciones autorales durante el Porfiriato deriva de su capacidad profesional por competir comercialmente con los arquitectos, habilidades que sin duda se originaban en su sólida formación escolar, ya que fueron aptos para el cálculo y la construcción, así como también para el diseño arquitectónico. Fue en 1891 cuando la otrora Escuela de Minería se convirtió en la Escuela Nacional de Ingenieros, y seis años después comenzaron finalmente a llamar “ingenieros civiles” a sus egresados, quienes se preparaban arduamente para la construcción de puentes, caminos y canales; estudiaban mecánica aplicada a las estructuras, materiales de construcción, así como Historia de la arquitectura, composición de edificios y dibujo arquitectónico de distintos estilos.⁶ Fueron estos ingenieros, tanto civiles como de caminos, quienes trabajaron activamente durante las más de tres décadas del porfiriato, tanto en el ámbito civil, como en el de la arquitectura,⁷ una competencia profesional que sin duda los condujo a insertar también sus datos autorales.

6. Arturo Gálvez Medrano, “Ingenieros e ingeniería en el siglo XIX”, en *La ingeniería civil mexicana: un encuentro con la historia*, Colegio de Ingenieros Civiles de México, México, 1996, p. 124.

7. Destacan: Daniel Garza, Luis Salazar, Roberto Gayol y Soto, Rafael García y Sánchez Facio, entre otros.

8. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 354.

La inscripción autoral más antigua de que se tiene noticia proviene de Rodrigo Elcoro, un ingeniero civil que, aunque se tituló hasta 1906, comenzó a construir desde mucho antes. Su inscripción en el edificio de Isabel La Católica núm. 66 data de 1887,⁸ la cual Katzman identificó hacia los años ochenta, y aunque esta obra aún permanece en buenas condiciones, la autoría y la fecha han sido prácticamente borradas, pues sólo aparecen los primeros dos números de aquel siglo “18...”, lo cual nos muestra la rápida destrucción, fortuita o premeditada, a la que están expuestas estas fuentes historiográficas (Figura 1).

La segunda inscripción más antigua que se ha identificado procede de un ingeniero de caminos, puentes y canales: José Francisco Serrano, quien junto con Eleuterio Méndez –arquitecto e ingeniero civil– realizaron, en 1890,⁹ el edificio de la joyería La Esmeralda,¹⁰ afortunadamente conservado en la actualidad. En el extremo derecho de su esquinero y comercial acceso, sobre una de los sillares de la jamba de mármol, el apenas perceptible, se puede leer todavía: *Mendez y Serrano, arquitectos*, en ese orden, sin duda por jerarquía y grado de intervención, ya que el primero contaba con más edad y experiencia profesional¹¹ (Figuras 2 y 3).

Desde entonces, Serrano sería proclive a incorporar estos elementos autorales –lo mismo ocurrió con su hijo, Francisco J. Serrano–¹² aun cuando no ocurrió en todas sus obras, por razones que se desconocen. Al parecer, no lo hizo en la casona de Rivera de San Cosme e Insurgentes,¹³

9. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 368.

10. En la esquina sureste de Madero e Isabel La Católica, en el actual Centro Histórico.

11. Eleuterio Méndez se había graduado en la Academia de San Carlos en 1860 y contaba ya con una sólida experiencia profesional, pues ya había hecho obras como la cubierta de madera de la Cámara de Diputados dentro de Palacio Nacional en 1864, o su colaboración, junto con Vicente Heredia, en las transformaciones de la iglesia de San Agustín para su conversión en Biblioteca Nacional en 1868. También realizó en 1889, un año antes que La Esmeralda, la Droguería Universal; sin embargo, no se tiene constancia de que hubiera tenido su inscripción autoral.

12. Quien estudió las carreras de Ingeniería civil y Arquitectura, en ese orden.

13. Rivera de San Cosme, núm. 3, esquina con Insurgentes, la cual sufrió una mutilación importante al abrir el cauce de esta última, aunque conservó su fachada íntegra al utilizarse para cubrir las nuevas secciones roturadas hacia la calle de Insurgentes.



donde no se ha encontrado inscripción autoral ni tampoco puede constatarse en otras obras suyas ya perdidas.¹⁴ En cambio, sí lo hizo en el edificio de apartamentos y locales comerciales en la antigua calle de Rosales¹⁵ –hoy Eje Vial Guerrero– realizado hacia 1897-1898, así como en el de oficinas y comercios para la Compañía Bancaria de Obras y Bienes Raíces¹⁶ en el Centro, donde aún puede observarse *J. Francisco Serrano, Ingeniero Civil y Arquitecto, 1906 a 1907*, grabado discretamente sobre el sillar curvo esquinero del friso superior de la planta baja, justo debajo de la marquesina.¹⁷ Una ubicación similar a la utilizada en el edificio de apartamentos para clase media que realizó en la Santa María la Ribera en 1907, aunque aquí añadió: *proyectó y construyó*, como para enfatizar sus dos habilidades profesionales (Figuras 4 y 5).

Figuras 2 y 3

La joyería La Esmeralda, edificada hacia 1890, aún muestra la inscripción autoral sobre los sillares que enmarcan el acceso principal esquinero. Nótese que los apellidos se encuentran grabados sobre las piezas de mármol. Fotos: ISMC, 2010.

Figuras 4 y 5

Edificio para la Compañía Bancaria de Obras y Bienes Raíces en el actual Centro Histórico. El nombre de su autor, José Francisco Serrano, se halla discretamente sobre la sección curva del friso de la esquina de la planta baja, justo por debajo de la marquesina. Fotos: ISMC, 2011.

14. Me refiero, por ejemplo, a la casa en Sadi Carnot, núm. 25, realizada hacia 1900; y a la de Serapio Rendón, núm. 81, hecha en 1914, ambas en la entonces Colonia de los Arquitectos, posteriormente absorbida por la colonia San Rafael. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 378.

15. En Rosales núm. 1, esquina con Ribera de San Cosme, colonia Tabacalera.

16. Actualmente llamado Edificio París, que es el nombre que aparece sobre el acceso principal en 5 de Mayo, en el actual Centro Histórico.

17. Avenida abierta en 1901 al demolerse el Teatro de Santa Anna, y que dio lugar a muchos predios con nuevas construcciones.

Figuras 6 y 7

Esta pequeña mocheta, adherida a la colindancia, es lo único que queda existente de la antigua casa en Francisco Díaz Covarrubias, en la San Rafael. Casualmente, la inscripción autoral permanece en la parte superior de la jamba izquierda del antiguo portón, como una burlona broma del destino. Fotos: ISMC, 2011.

Entre otros profesionales que utilizaron la misma estrategia se puede mencionar a Francisco Barrera, graduado como ingeniero de caminos, puentes y canales en 1888,¹⁸ aunque sus inscripciones autorales a principios de siglo aparecen sólo como *ingeniero civil*, y que puede constatarse en los apartamentos realizados en 1909 en la esquina de Roma y Berlín, en la colonia Juárez. También una antigua escuela en la calle de Miguel Schultz fechada en 1907,¹⁹ cuya placa muestra el nombre y pertenencia profesional de su autor: Benito Ortiz y Córdova, ingeniero civil que trabajaría durante las tres primeras décadas de este siglo.

También Severo Esparza, quien se tituló como ingeniero de caminos, puentes y canales en 1906,²⁰ solía promocionarse como *ingeniero civil* en sus inscripciones, como en el edificio de apartamentos y comercios que construyó en la esquina noroeste de Filomeno Mata y 5 de Mayo, donde apenas es perceptible su nombre grabado en uno de los sillares superiores en la esquina, sin que se incluya la fecha de su construcción. Del mismo autor, puede constarse un dramático caso en la casa que realizó en Francisco Díaz Covarrubias, núm. 40, en la colonia San Rafael, obra desaparecida para convertir el predio en estacionamiento público, pero que accidentalmente conservó la inscripción autoral en el angosto muñón del muro izquierdo que aún existe: *Severo Esparza, ingeniero civil*, casi como si se tratase de un detalle de mal gusto que intenta burlarse de los defensores del patrimonio arquitectónico. No obstante, ha de notarse en este ejemplo –o lo que queda de él– el cambio entre el mero grabado del nombre, en el primer caso, y la aparición de una placa pétrea específica sobrepuesta, aunque no se incluyó el año de su construcción (Figuras 6 y 7).

Quizá uno de los ingenieros civiles más conocidos fue Miguel Ángel de Quevedo, graduado en París, diseñó y construyó obras de diversos géneros arquitectónicos en la capital, aunque no en todos insertó sus datos nominativos y profesionales. No puede constatarse que lo hiciera en el edificio comercial de las Fábricas Universales realizado hacia



1905-1909²¹ –pues la planta baja ha sufrido varias intervenciones– ni tampoco en el conjunto de viviendas de El Buen Tono, terminado hacia 1912 en la colonia Juárez, ni en la iglesia de Nuestra Sra. de Guadalupe en el barrio de San Juan del centro de la capital.²² En cambio, sí aparece una doble inscripción suya –una para cada calle– en el edificio para el Banco de Londres y México, realizado en la calle de Bolívar y 16 de Septiembre,²³ donde incluye su información autoral y pertenencia profesional: *MA de Quevedo, In^o Civil*, aunque no así el año de la construcción. No obstante, si bien sus datos se encuentran grabados directamente sobre los mismos sillares –de manera semejante a sus contemporáneos–, se destaca el

21. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 373.

22. La iglesia fue patrocinada por la empresa tabacalera El Buen Tono, construida en el predio que antiguamente fue ocupado por un convento durante el periodo virreinal, y que fuera demolido durante el siglo XIX.

23. Realizado hacia 1910-1912. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 373.

18. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 341.

19. En Miguel Schultz, núm. 84, colonia San Rafael, aún existente.

20. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 354.



hecho de su peculiar doble aparición, como para no perder la posibilidad de promocionarse en ambas calles comerciales (Figuras 8 y 9).

Una práctica promocional que al parecer también fue usada por los extranjeros avecindados que aquí trabajaban, como el ingeniero francés Juan D. Fleury, quien construyó durante la primera década del pasado siglo los apartamentos en la esquina de Ciprés y Díaz Mirón, donde incluso inscribe la dirección exacta de la obra después de su nombre: *7ª de Ciprés 192*, como si hubiera previsto la posibilidad de que la calle cambiaría de nombre años después.

LOS INGENIEROS MILITARES Y EL “VAGO NOMBRE DE INGENIEROS”²⁴

La presencia del ingeniero militar en las obras civiles deriva de un dilatado proceso profesional que tiene sus raíces en las obras del periodo virreinal, y cuya presencia se incrementará durante todo el siglo XIX hasta alcanzar su consolidación como diseñador, calculista y constructor durante el porfiriato, pues podemos comprobarlo en las numerosas inscripciones autorales que insertaron en sus obras, en imitación de las prácticas comerciales utilizadas por los ingenieros civiles, aunque siempre enfatizando su formación militar, tal como lo obligaba el artículo 149 de las *Ordenanzas del cuerpo de ingenieros*, vigentes para su personal en activo cuando solicitaban permiso para ejercer civilmente. Se les recomendaba, una vez concedida tal licencia, que: “los ingenieros militares no podrán disfrutar de la autorización otorgada, sino anunciando ante el público la especie de título que posean y la procedencia del mismo, de modo que no tengan esa autorización, los que sólo se anuncian con el vago nombre de ingenieros”.²⁵

24. Para este apartado, se agradecen las facilidades otorgadas por la Sedena para la consulta de todos los documentos militares a través de la Dirección del Archivo Militar, Archivo e Historia.

25. En todos los expedientes de ingenieros militares que tuvieron obra civil, consultados en la Sedena, suele aparecer este trámite de solicitud para ejercer civilmente su profesión, y en todos ellos se les contesta con el citado párrafo. Sólo podía negarse tal derecho en el caso de que no se cumpliera con los años de permanencia en el Ejército, los cuales variaban según el reglamento vigente.



Figuras 8 y 9
En este edificio del Banco de Londres y México, su autor –el ingeniero civil Miguel Ángel de Quevedo– colocó dos inscripciones autorales idénticas, una para cada calle en la que se halla ubicado este predio. La promoción comercial estaba así asegurada. Fotos: ISMC, 2011.

La capacidad constructiva y proyectual de los ingenieros militares titulados fue reconocida en 1855 al expedirse el *Reglamento para la concesión de licencias* para obras en la capital,²⁶ en el que se les reconocía la posibilidad legal para realizar obras de construcción,²⁷ estableciendo así una fuerte competencia con los arquitectos egresados de

26. El 14 de abril de 1855.

27. Se reconocían tres clases de obras: la primera clase eran edificios nuevos y reparaciones de fachadas y debían ser dirigidas por un arquitecto titulado, un ingeniero militar o civil. Las de segunda clase eran reparaciones a edificios ya construidos, o reparaciones menores de fachadas, mientras que las de tercera clase constituían apertura de vanos y obras pequeñas, incluyendo en ambas clases la posibilidad de ser dirigidas por un maestro de obras, además de los arquitectos e ingenieros civiles y militares, desde luego. María Amanda Cruz Vázquez, *La enseñanza del dibujo científico y técnico 1821-1910*, Tesis de Maestría, UNAM, 2009, pp. 93-94.

Figuras 10 y 11
 Escuela Horacio Mann, una de las muchas obras gubernamentales que el Ingeniero Militar, Capitán Salvador Echagaray realizó, tanto en la Ciudad de México, como en localidades del interior. Nótese la afectación visual que le produce la cercanía del puente peatonal y el muro lateral izquierdo, producto de la mutilación que sufrió esta escuela al ensancharse la Av. Chapultepec.
 Fotos: ISMC, 2011.

la Academia de San Carlos.²⁸ No obstante, su enseñanza no estuvo exenta de los avatares históricos que ocasionaron las Guerras de Reforma, la Intervención Francesa, la posterior restauración del presidente Juárez y su consolidación a partir de 1879 ya en tiempos de Porfirio Díaz.

Las sólidas habilidades profesionales para su ejercicio civil y militar son claramente referidas por María Amada Cruz Vázquez en su tesis de Maestría en Historia:

Los Oficiales de Ingenieros desarrollaban trabajos de ingeniería militar y civil, y referente a ferrocarriles realizando obras públicas y militares; además de todo lo referente a la tecnología de la construcción desde el diseño de la obra, su administración, supervisión y realización. Además la defensa de plazas y el levantamiento de planos topográficos para las diversas obras que realizaban. Para esta época [se refiere a 1900] los ingenieros eran los más capacitados en cuestiones de dibujo y los que realizaban más actividades; eran los únicos que estaban vinculados con obras no militares, por lo que tenían contactos con la industria privada.²⁹

Entre los ingenieros militares que exhibieron sus nombres en sus obras podemos señalar en primer lugar al capitán Salvador Echagaray,³⁰ activo personaje que estuvo muy cercano al teniente Porfirio Díaz Ortega, con quien trabajaría en muchas de las construcciones gubernamentales del régimen de su padre, como el Manicomio General de La Castañeda realizado en la capital hacia 1908-1910, y en donde ya no es posible constatar si insertó o no sus referencias autorales. En cambio, sí es posible hacerlo en algunas de sus obras anteriores como en el edificio de la Dirección de Faros y en el de Correos y Telégrafos, ambos inaugurados en 1902 en el puerto de Veracruz, donde aún puede observarse *Ingeniero*

28. *Ibid.*, p. 94.

29. *Ibid.*, p. 148.

30. Echagaray fue uno de los ingenieros militares que dejaron el país al exiliarse Porfirio Díaz. Así, en un oficio del 7 de mayo de 1918, mediante su apoderado Pedro Córdova, solicita a la Secretaría de Guerra y Marina un certificado de sus estudios como ingeniero realizados en el Colegio Militar, donde se señala que se encontraba ausente del país. Fojas 1 y 2 del expediente XI/111/7-174, Sedena.



Salvador Echagaray, proyectó y construyó, contraviniendo, por cierto, la ordenanza militar al omitir su formación militar. Se encuentra la misma inscripción en la Penitenciaría Juárez, inaugurada en Mérida, Yucatán, en 1906, o en la Escuela Primaria Horacio Mann de la colonia Juárez en la capital, donde lamentablemente tampoco incluyó el año de su construcción (Figuras 10 y 11).

Otro de los ingenieros militares que solía insertar sus referencias autorales fue el teniente coronel Ernesto Canseco, quien concluyó sus estudios en el Colegio Militar hacia 1890,³¹ para luego separarse del servicio activo ocho años después con el fin de dedicarse a ejercer civilmente.

31. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 345.



Figuras 12 y 13

Muy pocas obras quedan en pie en la colonia Roma de las muchas edificaciones que hizo el Ingeniero Militar, Teniente Coronel Ernesto Canseco. Una de ellas es esta casona en la calle de Jalapa, cuyos restos se encuentran en deplorables condiciones.

Su inscripción autoral es apenas perceptible en la esquina superior derecha de la fachada, bajo las sucesivas capas de pintas callejeras. Fotos: ISMC, 2011.

Figuras 14 y 15

Otra de las obras de Ernesto Canseco es este edificio de apartamentos sobre la Av. Álvaro Obregón en la colonia Roma, hecho con tabique industrial prensado. Su inscripción autoral subsiste, bajo esta capa de pintura verde, aunque mutilada por la falta de mantenimiento sobre una cornisa ubicada entre la planta baja y el piso noble. Fotos: ISMC, 2011.

Su exitosa actividad proyectual y edilicia en la Ciudad de México y en provincia fue enfatizada por él mismo al solicitar en 1916 su reinserción militar en un oficio que dirige al Secretario de Guerra y Marina, en el que destaca precisamente las inscripciones autorales como prueba de sus numerosas obras: “una infinidad de residencias particulares, muchas de las cuales ostentan en la fachada la placa que me acredita como director de su proyecto y construcción”.³² Por esta misma solicitud de empleo³³ se conoce el recuento que hizo sobre su vasta experiencia ingenieril, ahí expone que, además de esas residencias, construyó y diseñó varios mercados, talleres, fábricas, asilos, bancos, casinos, teatros, así como obras sanitarias, hidráulicas, industriales y ferroviarias, pues: “[de] todas las obras que he enumerado y otras que he hecho mención tengo en mi poder planos y detalles que puedo presentar cuando Ud. juzgue conveniente”.³⁴

32. Foja 002 del Expediente D/111-5/4556 del teniente coronel Ernesto Canseco, Sedena.

33. Una solicitud estéril, pues el 26 de septiembre se le contestó que: “le manifiesto por acuerdo del C. General Secretario de Guerra y Marina, que no ha lugar a lo que solicita, por no haber actualmente vacantes que pueda cubrir”. Fojas 001 a 004 del Expediente D/111-5/4556 del teniente coronel Ernesto Canseco, Sedena.

34. Foja 002 del Expediente D/111-5/4556 del teniente coronel Ernesto Canseco, Sedena.

Una intensa actividad profesional que contrasta con la mínima existencia actual de sus obras, pues sólo se ha encontrado evidencia suya en dos construcciones, ambas muy deterioradas por cierto: la residencia en Jalapa, núm. 13, en la colonia Roma, cuya inscripción grabada en uno de los sillares aún puede leerse bajo las capas de graffiti: *Ingeniero Ernesto Canseco, proyectó y construyó, 1906*, con lo cual abarca así cuatro datos fundamentales para la construcción historiográfica: nombre, profesión, tipo de participación y año, además de añadir un elemento adicional para la historia urbana: es una de las obras más antiguas de esta colonia³⁵—fundada en 1903—, al menos entre aquellas que ostentan la fecha de su construcción (Figuras 12 y 13). También aparece su nombre—casi imperceptible—en la cornisa de un edificio de apartamentos en Álvaro Obregón, núm. 47, el cual destaca por el uso de tabique prensado aparente, en la inscripción describe nuevamente su actividad como proyectista y constructor, aunque lamentablemente no aparece el año de su construcción, si es que lo insertó (Figuras 14 y 15).

35. Ésta es al menos la conclusión a la que llega Alejandra Contreras Padilla en su tesis de doctorado en arquitectura, titulada *El deterioro urbano arquitectónico de la Colonia Roma*, presentada el 23 de octubre de 2007 en la UNAM, p. 133.

Figura 16

El Ingeniero Militar, Mayor Espinosa y Rondero edificó entre 1908-1909 esta céntrica obra habitacional, justo entre dos emblemáticas obras: el Palacio de Minería y el Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas, este último también en construcción por aquellos años. Fotos: ISMC, 2011.

Figura 17

Inscripción autoral en forma de "placa" sobrepuesta, una modalidad que sustituyó gradualmente los nombres grabados de los primeros tiempos. Fue colocada en el par de casas gemelas de río Rhin, en la colonia Cuauhtémoc por el Ingeniero Militar, Capitán Eduardo Prieto y Souza. Nótese la dirección de su despacho, lo que confirma su finalidad promocional. Fotos: ISMC, 2011.

Otro de los ingenieros militares que solían incluir sus referencias autorales fue el mayor José Espinosa y Rondero, nacido en 1881 en la Ciudad de México,³⁶ quien ingresó formalmente como alumno al Colegio Militar en 1898, luego de cumplir un año de estudios de admisión. Después de graduarse, quedó comisionado en el Estado Mayor del Presidente de la República, donde permanecería por varios años. En 1906 le aprobaron su solicitud para ejercer su profesión civilmente,³⁷ circunstancia que coincide con la realización de una de sus obras identificadas: los apartamentos de lujo en la calle de Tacuba, núm. 6, en el centro de la capital, donde aún puede leerse su nombre, adscripción militar y los años de 1908-1909 (Figura 16). Sin embargo, ante la inminente renuncia de Porfirio Díaz hacia mayo de 1911, José Espinosa, al igual que muchos otros militares, decidió solicitar "licencia absoluta" un día antes de la renuncia presidencial,³⁸ aunque permaneció ejerciendo en el país, pues en 1913 construyó un edificio en la calle de Venustiano Carranza, núm. 41, en el centro de la capital, donde nuevamente insertó sus referencias autorales –aunque curiosamente eliminó su formación militar de ingeniero– continuando en su ejercicio civil durante varias décadas, al menos hasta mediados de la década de los cincuenta.³⁹

36. Según un oficio del 1° de enero de 1898 para su ingreso al Colegio Militar, José Espinosa presentó su Partida de Nacimiento con fecha del 30 de noviembre de 1881 en la Ciudad de México. Foja 79 del Expediente XI/111/6-6706, Sedena.

37. El 17 de abril presentó su solicitud al mayor Pablo Escandón, jefe de caballería, para ejercer su profesión como ingeniero civil, apelando al artículo 149 del Reglamento del Arma de Ingenieros. Fojas 101-103 del Expediente XI/111/6-6706, Sedena.

38. Causó baja en el ejército por haber solicitado "licencia absoluta" el 23 de mayo de 1911 cuando se desempeñaba como "Ayudante en el Estado Mayor" del Presidente de la República, donde expuso que tenía "necesidad urgente de atender asuntos particulares, los cuales le impiden desempeñar la honrosa comisión que tiene conferida", licencia que fue concedida dos días después, el 25 de mayo de 1911. Fojas 57, 73 y 132 del Expediente XI/111/6-6706 del mayor José Espinosa y Rondero, Sedena.

39. El 18 de marzo de 1955, Espinosa y Rondero solicitó al Secretario de la Defensa Nacional copias certificadas para tramitar su cédula ante la Dirección General de Profesiones para trabajar como ingeniero. Contaría en esa fecha con aproximadamente 73 años y cinco meses de edad. Fojas 169 a 171 del Expediente XI/111/6-6706 del mayor José Espinosa y Rondero, Sedena.



El capitán Eduardo Prieto fue otro ingeniero militar que solía colocar referencias autorales, a las que añadía la dirección de su despacho privado, como en el par de casas gemelas que realizó en la calle de río Rhin en la colonia Cuauhtémoc: *Eduardo Prieto y Souza, ingeniero militar, 3ª Génova 79*, lo cual evidencia la finalidad comercial; aun cuando no incluyó el año de su construcción podríamos situarla a partir de 1909, ya que es cuando solicita su permiso para ejercer civilmente como ingeniero⁴⁰ (Figura 17). El dominio en la composición de la fachada de esta obra y su conocimiento de los órdenes clásicos europeos⁴¹ evidenciaba su sólida formación en el

40. Con fecha del 18 de febrero de 1909 el Estado Mayor se dirige al Secretario de Guerra y Marina para apoyar la solicitud de licencia de Prieto y Souza para ejercer su profesión de ingeniero civil. Foja 32, Expediente XI/111/6-14532, Sedena.

41. Conoció varios países europeos como adjunto del Agregado Militar en la Legación Mexicana en Francia, donde permaneció de febrero de 1906 a enero de 1908, cargo que le permitió viajar por Italia, España, y Alemania. Más tarde, con León de la Barra como presidente interino, Prieto y Souza vuelve a radicar en Europa durante 1911 y 1912. Fojas 1 y 20 del Expediente XI/111/6-14532, Sedena.



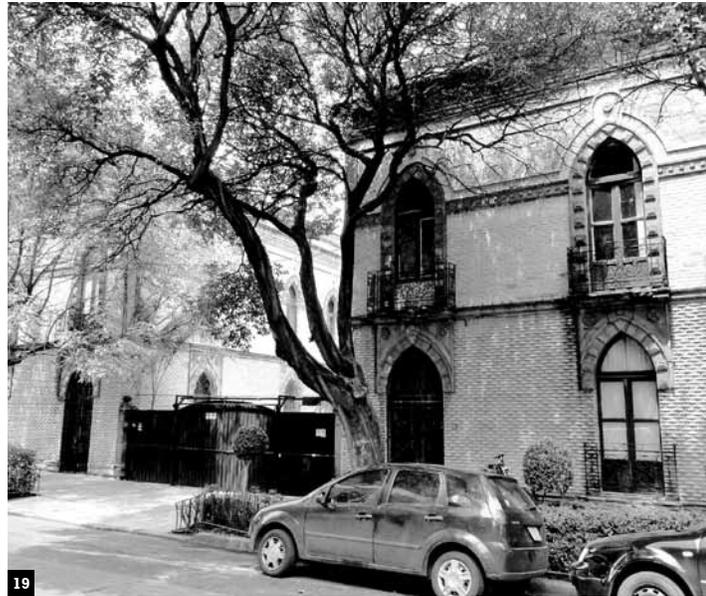
Colegio Militar, donde estudió, entre 1898 y 1904, cursando las asignaturas de Dibujo de Paisaje, Dibujo geométrico lavado, Dibujo de delineación, Dibujo arquitectónico, primer y segundo año, Arquitectura y Mecánica de Construcción, Electricidad aplicada, Cortes de piedra y carpintería, entre otras.⁴²

Pero sin duda, el ingeniero militar que más inscripciones autorales insertó fue el mayor Gustavo Peñasco Hidalgo, en obras mayoritariamente domésticas, donde encontramos tanto viviendas unifamiliares como edificios de apartamentos y privadas colectivas en las colonias Roma y Juárez, desde 1906, que es cuando solicita a las autoridades el permiso de ejercer civilmente.⁴³ Y aun cuando muchas obras suyas han sido identificadas por su nombre, será sólo a partir de 1912 cuando comenzó a incorporar el año de la construcción,⁴⁴ coincidiendo con la solicitud de licencia ilimitada que el Ejército le concedió,⁴⁵ lo que le permitió dedicarse de lleno a su actividad privada y diseñar durante los años revolucionarios

42. Foja 21, expediente de Eduardo Prieto y Souza, número XI/111/6-14532, Sedena.

43. El 20 de marzo de 1906, Peñasco solicitó autorización para ejercer su profesión como ingeniero civil, apelando al artículo 149 del Reglamento de Ingenieros vigente. Foja 110, Expediente XI/III/6-12707, primer tomo, folios 1 a 150, Sedena.

44. Al menos 11 obras suyas, de las 25 con su inscripción autoral, carecen del año de su construcción.



la nada despreciable suma de 25 edificaciones domésticas: 19 casas unifamiliares, 3 edificios de apartamentos, 1 privada y 2 pares de casas, una abundante obra que merece la pena un trabajo monográfico posterior,⁴⁶ ya que al parecer continuó ejerciendo al menos hasta la década de los años cuarenta⁴⁷ (Figuras 18, 19 y 20).

45. El 11 de abril de 1912 se le concede la licencia ilimitada a Gustavo Peñasco, aunque condicionada a previa entrega de sus comisiones, en virtud de que su comportamiento sólo reflejaba la voluntad de no seguir prestando sus servicios al ejército, toda vez que había ya superado los siete años comprometidos al ingresar al Colegio Militar. Foja 238, en el Expediente del mayor Gustavo Peñasco número XI/III/6-12707, primer tomo, folios 1 a 150, Sedena.

46. Además de que el presente texto se enfoca a los últimos años del porfirismo.

47. Con fecha del 18 de septiembre de 1947, Peñasco dirigió un oficio al Secretario de la Defensa Nacional, en el que solicitaba copias certificadas de su título original de "ingeniero civil", expedido por sus estudios realizados en el Colegio Militar de 1898 a 1904, pues al parecer había extraviado su título original. Con anterioridad, en febrero de 1941, había ya realizado la certificación como ingeniero civil ante la Dirección General de Profesiones. Fojas 406 y 414 del Expediente XI/III/6-12707, segundo tomo, folios 251 a 415, Sedena.

Figuras 18, 19 y 20
Del lado izquierdo, una casona en la esquina de Tonalá y Tabasco. Al centro, una privada multifamiliar, en Córdoba 31-35, y su inscripción autoral del lado derecho, donde se informa la adscripción militar de su autor, siguiendo las Ordenanzas castrenses. Fotos: ISMC, 2011.

Ellos no fueron los únicos ingenieros militares que trabajaron civilmente durante aquella primera década del siglo, sin embargo, no todos dejaron referencias autorales en sus obras. El mismo Porfirio Díaz Ortega fue un activo constructor y contratista de las obras gubernamentales, en colaboración con los también ingenieros militares Carlos Noriega e Ignacio de la Barra, pero no se han encontrado evidencias suyas en las placas autorales. Por su parte, Aurelio Ruelas Suárez⁴⁸ trabajó en sociedad con el ingeniero civil Luis Bacmeister desde 1910, mientras que Gonzalo Garita construyó obras tan importantes como los almacenes departamentales de El Centro Mercantil, junto con Daniel Garza, otro ingeniero militar, así como también construyó la tienda especializada Casa Roberto Boker y Cía e hizo el cálculo estructural de la Columna de la Independencia; sin embargo, en ninguno de estos casos se han encontrado evidencias autorales en las obras, lo que sí harían muchos de sus competidores arquitectos.

LA IRRUPCIÓN DE LAS INSCRIPCIONES AUTORALES ENTRE LOS ARQUITECTOS:

“TARDE, PERO SEGURO”

Imitando las prácticas comerciales de los ingenieros civiles y militares, los arquitectos porfiristas decidieron también insertar su información autoral y pertenencia profesional en muchas de sus obras, aunque con un ligero retraso, pues comienzan a aparecer hasta la última década de este régimen ante la férrea competencia que el arquitecto debía enfrentar entonces para la consecución de clientes. Ha de recordarse que a mediados del siglo XIX la antigua Academia de San Carlos –luego Escuela Nacional de Bellas Artes– alguna vez había expedido el título de *Arquitecto e Ingeniero Civil*, ambigua situación que se agravó cuando en 1869 una nueva Ley de Instrucción Pública determinó que la Escuela Nacional de Bellas Artes sólo podía expedir títulos de “maestros de obras”, mientras que los títulos de los arquitectos debían expedirse únicamente por la Escuela Especial de Ingenieros, como *Ingenieros Arquitectos* –en este nuevo

orden, invertido– colocando a la arquitectura como una rama de la ingeniería. Esta ambigua situación persistió hasta la llegada de Porfirio Díaz a la Presidencia de la República, cuando el decreto de 1877 devolvió finalmente la carrera de Arquitectura a la Escuela Nacional de Bellas Artes, un renovado interés que se constata por las sucesivas remodelaciones e intervenciones gubernamentales que se hicieron al vetusto edificio.⁴⁹

Ante esta abrupta y accidentada trayectoria educativa, en la segunda mitad del siglo XIX, parece clara la importancia social que tenía exhibir la pertenencia a la formación arquitectónica en las inscripciones autorales durante los últimos años del Porfiriato, además de incluir el año de construcción que nos brinda información historiográfica adicional. No obstante, debe enfatizarse que tanto en la práctica comercial como en las innovaciones estructurales y constructivas los pioneros fueron los ingenieros civiles.

Una de las inscripciones autorales más antiguas data de 1903, en el edificio El Comercio, en pleno centro de la ciudad,⁵⁰ localizada junto al acceso principal de las oficinas, en una placa sobrepuesta que informa: *Alfredo Robles y Manuel Torres Torrija, Ingenieros Arquitectos, 1903*, aunque en sentido estricto el primero era ingeniero militar, mientras que el segundo se graduó como arquitecto⁵¹ y como ingeniero de caminos, puentes y canales,⁵² ambas formaciones distintas a la modalidad profesional combinada que se anuncia en este edificio, lo cual indica que si bien este tipo de fuentes autorales constituyen documentos históricos únicos, no están exentas de la falibilidad de cualquier elemento material⁵³ (Figuras 21 y 22).

49. Como las cubiertas de acero y cristal del cubo de las escaleras y del patio central, encargadas por Antonio Rivas Mercado.

50. En la esquina noroeste de 5 de Mayo y Bolívar, en el actual Centro Histórico de la capital.

51. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 375.

52. *Ibid.*, p. 382.

53. Hay otras obras posteriores de Manuel Torres Torrija donde sí se informa con exactitud sus respectivas formaciones profesionales, como en la casa en la actual calle de Miguel Schultz, núm. 110 de la colonia San Rafael, en la que se lee: *Yngenerio [sic] Civil y Arquitecto, proyectó y construyó, 1911.*

48. Hermano del grabador Julio Ruelas.



21



22

El segundo arquitecto en usar estas inscripciones, del que se haya encontrado evidencia, fue Manuel Cortina García,⁵⁴ autor de una abundante producción doméstica, comercial y religiosa en la Ciudad de México, aunque no en todas sus obras insertó sus datos de autoría. La más antigua inscripción que se ha encontrado data de 1905, en una casona en el núm. 13 de la calle de Versalles en la colonia Juárez, que realizó en coautoría con su colega el arquitecto Ignacio Gorozpe,⁵⁵ y donde sólo aparecen ambos apellidos

54. Nacido en 1877 y fallecido en 1947. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 349.

55. La obra más conocida de este autor es la iglesia de la Sagrada Familia en la colonia Roma, en la esquina de Orizaba y Puebla, de 1910-1912 y no lleva inscripción autoral, por cierto. En cambio, aparece su nombre en la casona de República de Cuba, núm. 92, hoy en resguardo de la UNAM, aunque no indica el año de su construcción.

y su pertenencia profesional. En otras obras posteriores volverá a utilizar este recurso: en 1908, en el edificio de apartamentos y locales comerciales que construyó en la entonces llamada San Juan de Letrán, núm. 12,⁵⁶ convertido después en Hotel Cosmos, Cortina hizo grabar su nombre completo, profesión y año de construcción en uno de los sillares superiores bajo el friso que divide la planta baja y el primer nivel, en un área discreta, pero lo suficientemente visible debido a la intensa vida peatonal de esa avenida. Dos años después, en 1910, hizo dos obras en las que volvió a insertar su nombre, profesión y año: en la casona de Gómez Farías, núm. 65, en la colonia San Rafael, y en el edificio en Madero, núm. 5, en el Centro, ambos con las letras grabadas sobre el mismo sillar, en vez de una placa sobrepuesta, como lo harían otros autores. Sin embargo, realizó otras obras durante la primera década en las que no se ha encontrado evidencia de colocación de inscripción autoral,⁵⁷ ya sea porque el propietario no lo permitió, o porque su arquitecto no lo consideró necesario, o sencillamente porque fueron posteriormente destruidas, borradas o sustraídas como ocurre muchas veces con los subsecuentes dueños por temor a una declaratoria artística que limite las posibilidades comerciales (Figuras 23 y 24).

El tercer arquitecto en usar este recurso comercial—con base en la evidencia encontrada— fue el arquitecto Genaro Alcorta,⁵⁸ a quien por cierto ya le tocó estudiar durante la normalización de la educación en la Escuela Nacional de Bellas Artes, pues se tituló en 1899. Solía incluir su inscripción

56. Más conocida entre las nuevas generaciones por su actual nombre: el Eje Central Lázaro Cárdenas.

57. Por ejemplo, las aún existentes en la casa de Lucerna, núm. 29 (1906-1907) y en la de Londres, núm. 2, ambas en la colonia Juárez, o en la casa de Córdoba, núm. 45 (1908), en las viviendas de Mérida, núms. 2-10 (1910), y las de Tabasco, núms. 204-208, todas ellas en la colonia Roma. Las otras se han destruido, por lo que no puede constatar su autor, como la casa en la esquina de Jalapa y Chapultepec, la de la esquina suroeste de Paseo de Bucareli y Atenas (1905), la de Av. Juárez, esquina Humboldt, la de Enrico Martínez, núm. 5, la de Niza, núm. 69, las dos de Versalles, núms. 82 y 84, o las de Orizaba, núms. 9, 11 y 13, todas ellas lamentablemente perdidas.

58. Nacido en 1878 y fallecido en 1922. Israel Katzman, *op. cit.*, pp. 338-339.

Figuras 21 y 22

En el edificio de El Comercio la inscripción autoral no se colocó en la planta baja de esta céntrica esquina, como podría suponerse, sino junto a la entrada principal peatonal para que pudiera observarla todo aquél que ingresaba al edificio. Nótese que ya se usa la modalidad de “placa” en vez de los discretos nombres grabados. Fotos: ISMC, 2011.

Figuras 23 y 24

Casona en la calle de Gómez Farías en la colonia San Rafael, que todavía muestra la inscripción autoral del arquitecto Manuel Cortina García grabada sobre uno de los sillares superiores. Nótese que incluyó nombre, profesión y año, lo cual facilita la labor posterior de identificación de los historiadores. Fotos: ISMC, 2011.



Figuras 25 y 26

Este edificio de La Mexicana constituye el primer pasaje comercial cubierto que se hizo en la capital hacia 1905-1906, entonces muy en boga en las capitales europeas. La inscripción autoral del arquitecto Genaro Alcorta aparece discretamente grabada en la parte superior de la jamba derecha de su acceso principal en planta baja. Fotos: ISMC, 2011



autoral, pertenencia profesional y año de construcción en muchas de sus obras, una práctica que parece iniciar a partir de 1905, ya que en las obras anteriores aún no aparecía.⁵⁹ Así, se puede leer en el Pasaje La Mexicana:⁶⁰ *G. Alcorta, arquitecto, 1905-1906*, discretamente grabada en uno de los sillares del costado derecho del acceso comercial, tan sólo un año después del ya mencionado pasaje poblano (Figuras 25 y 26). Al siguiente año diseñó y construyó el edificio de oficinas de la misma compañía,⁶¹ información apenas perceptible en uno de los sillares superiores del acceso esquinero. O también, en su inscripción autoral en el edificio

59. Como en el edificio de la esquina noreste de 5 de Mayo y Filomeno Mata, de 1904, donde no aparece inscripción autoral alguna.

60. En el pequeño callejón que comunica Isabel La Católica y 5 de Mayo, vestigios de la traza de la antigua alcaicería virreinal.

61. En la esquina noreste de Madero e Isabel La Católica.



de apartamentos en la esquina de la Ribera de San Cosme y la plaza de San Fernando, en 1908, justo en la esquina superior que se asoma a la plaza⁶² (Figura 27).

Hay otros arquitectos que recurrieron a colocar sus inscripciones autorales sin que necesariamente hayan sido los primeros en hacerlo, sino más bien, lo hicieron en imitación a los tres mencionados, los que a su vez copiaban a los ingenieros. Entre ellos, destaca el arquitecto José G. de la Lama,⁶³ quien trabajó mayoritariamente en el género doméstico, hasta llegar al ámbito de la planificación urbana y convertirse en exitoso fraccionador al término de la lucha armada.⁶⁴ Construyó muchas residencias y casas en hilera en las colonias Juárez, Roma, Santa María la Ribera y San Rafael, imprimiéndole a cada una particularidades formales para individualizar sus fachadas. Entre las más antiguas donde se incluyó su inscripción autoral se encuentra la casona en la esquina de Marsella y Havre de la colonia Juárez, en la que inserta: *De La Lama y Zwicker, 1906*, lo cual indica la colaboración de este ingeniero belga, así como el año de su construcción. También plasmó sus datos en una casa en Santa María la Ribera,⁶⁵ realizada hacia 1909,⁶⁶ donde da crédito a la participación de su constructor de nombre



F. García. Sin embargo, en otras obras suyas no se ha encontrado evidencia de inscripciones autorales, como las cinco casitas en hilera que se realizaron en la calle de Havre,⁶⁷ todas en estilos distintos y ligeramente remetidas para dar lugar a unos pequeños jardincillos, una solución tipológica no muy común en México, pero sí intensamente utilizada en Holanda y Estados Unidos. Hay otras obras de este periodo que ya no existen,⁶⁸ por lo que no puede constatarse la inclusión de sus datos autorales. En cambio, sí aparecen placas en obras suyas posteriores a la Revolución,⁶⁹ lo cual señalan la continuidad de esta referencia autoral, probablemente debido a su eficacia comercial.

62. Nos referimos a la Plaza de San Fernando, cuyo origen fue el atrio de este convento franciscano de Propaganda Fide y cuyo espacio público fuera secularizado algunas décadas anteriores.

63. Nacido en 1867 y fallecido en 1850. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 364.

64. Compró el Hipódromo de La Condesa y lo fraccionó con apoyo de José Luis Cuevas. También fraccionó la colonia Polanco y más tarde el Rancho de la Esperanza, que dio origen a las colonias Nápoles y Ciudad de los Deportes.

65. En la entonces calle de Ciprés, hoy llamada Antonio Torres Bodet.

66. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 364.

67. Vicente Martín Hernández, *Arquitectura doméstica de la Ciudad de México 1890-1925*, UNAM, México, 1981, p. 150.

68. Muchas de sus primeras obras se han perdido, sobre todo aquellas de la última década porfirista, como la casa en Marsella y Venecia en la colonia Juárez, o la de la esquina de Jalapa e Insurgentes, y la de Colima, núm. 211, ambas en la colonia Roma; o incluso su propia casa en Serapio Rendón, núm. 8, en la colonia San Rafael.

69. Obras que no se abordarán en este texto por limitarse al periodo de la última década porfirista.

Figura 27

Inscripción autoral grabada en un sillar superior del edificio de apartamentos de lujo que realizó, en 1908, el arquitecto Genaro Alcorta en la esquina de Ribera de San Cosme y plaza de San Fernando. Nótese la maraña de cables que la cubren parcialmente, lo que demuestra la insensibilidad de propietarios e inquilinos ante este testimonio patrimonial. Fotos: ISMC, 2011.

Figuras 28, 29 y 30

También las inscripciones autorales se colocaban en pequeñas residencias para las clases medias porfirianas, como ocurrió en estas casitas ubicadas en la calle Valladolid 25 y 29 en la colonia Roma. Nótese que aunque ambas son del mismo año (1908), en una su nombre se encuentra grabado sobre uno de los sillares, mientras que en la otra prefirió utilizar la modalidad de "placa" sobrepuesta, sin duda más contrastante, y por lo mismo más eficiente en términos comerciales. Fotos: ISMC, 2011.

Figuras 31 y 32

Sendas inscripciones autorales que el arquitecto Silvio Contri mandó colocar a cada lado de los muros interiores del vestíbulo principal del entonces Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas, hoy Museo Nacional de Arte (Munal). Nótese la elaborada decoración de las mismas para integrarse así los estilos utilizados en este edificio gubernamental. Fotos: ISMC, 2011.

No debe creerse que los arquitectos sólo colocaban sus inscripciones autorales en las grandes residencias, también lo hacían en pequeñas casas unifamiliares y en edificios de apartamentos. Entre ellas, se pueden señalar las dos viviendas que realizó el arquitecto Auguste Leroy, en 1908, las cuales fueron marcadas con los números 25 y 29 de la calle de Valladolid, en la colonia Roma, donde incluyó su nombre, formación y año de construcción, grabados sobre piedras por encima del pequeño sotanillo en el que se desplantan las casas. Sin embargo, en estas obras ya encontramos algunas variaciones: en la primera, la inscripción autoral se encuentra grabada en una piedra de las jambas de los balcones de la planta noble, apenas perceptible, ya que se integra plenamente a la composición del conjunto. En cambio, en la del número 29, si bien la piedra grabada se encuentra en el mismo nivel de la fachada que la otra, ya aparece como un elemento sobrepuesto a la composición de la fachada, y que se destaca cromáticamente al ser un paramento de tabique prensado de colores rojo y beige (Figuras 28, 29 y 30).

También los autores de apartamentos recurrieron a estas inscripciones comerciales en sus fachadas, casi siempre cerca del acceso principal común. Justamente el llamado edificio Pigeon toma nombre del apellido de su autor,⁷⁰ quien firmaba como *ingeniero y arquitecto*, y cuya inscripción aparece en el primer piso, muy cerca del balcón esquinero que forman las calles de Versalles y Dinamarca, en la colonia Juárez. Si bien no incluyó el año de su construcción, la obra data al parecer de 1910,⁷¹ fue uno de los primeros ejemplos de edificios de apartamentos dirigidos a una clase alta —en este caso para funcionarios de la legación americana en México—, y aunque lamentablemente fue demolida una sección del edificio, el resto continúa en pie, mostrando su factura de ladrillo aparente impecablemente restaurado,⁷²

70. En su inscripción autoral figura *B. A. Pigeon, ingeniero y arquitecto*.

71. Ésta es la fecha que aparece señalada en la Declaratoria de Monumento Artístico de la Nación, Acuerdo 202 con fecha de 7 de noviembre de 1994.

72. Impecable restauración realizada por el arquitecto Javier Villalobos, ex presidente de Icomos México.



pero integrado a un edificio reciente de apartamentos de dudosa calidad arquitectónica. En cambio, existe otro edificio en la colonia Roma que se atribuye a este ingeniero, en la plaza Rio de Janeiro, sin embargo, no se puede constatar su inscripción autoral, pues la remodelación *art deco* que sufrió décadas después en su planta baja —por parte de Francisco J. Serrano—⁷³ no permite identificar su existencia.

En el género gubernamental, la obra más destacable donde se incluyeron los datos autorales fue sin duda el Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas en la capital, donde el arquitecto italiano Silvio Contri colocó inscripciones en la parte superior de los muros del vestíbulo principal: del lado derecho, su nombre y pertenencia profesional; del lado izquierdo, los años de su construcción: 1904-1911, todo ello en grandilocuentes cartelas coronadas por un friso moldurado y adornadas por una guirnalda en su parte baja, en un estilo renacentista que se integra al resto de las morfologías de esta obra monumental. Cabe enfatizar que las placas de esta obra no sólo destacan por su elaborada realización

73. Ingeniero civil y arquitecto, hijo de José Francisco Serrano.

plástica –en vez de un sencillo grabado–, sino porque su ubicación es en un recinto interior, en vez de colocarlo sobre la fachada como solían hacerlo el resto de los autores,⁷⁴ posiblemente debido a que la motivación era más de información institucional –con toques heroicos–, que meramente comercial como en los arquitectos mencionados (Figuras 31 y 32).

LAS INSCRIPCIONES NO PROFESIONALES:

CONSTRUCTORES, CONTRATISTAS Y TALLERES

Esta práctica mercantil de incluir el nombre de los autores de un proyecto no fue privativa de los profesionales, también fue recurrente en otros actores que intervenían directamente en el proceso de diseño, como los constructores y contratistas, o parcialmente, las compañías o talleres que habían intervenido en alguna parte de la obra. Y es que la competencia por las obras era al parecer muy intensa, la cual se agudizaba aún más con la presencia de maestros de obras, constructores y contratistas. Esta situación no era nueva, pues era producto de una larga tradición que se remonta a finales del siglo XVIII, cuando la irrupción de las Academias de Bellas Artes rompieron la otrora hegemonía secular de los gremios, entre ellos el “oficio” de la arquitectura. Desde entonces se libró una batalla en la que los arquitectos, pintores, escultores y grabadores poseían un reconocimiento profesional, a diferencia del resto de los “artesanos”, para los cuales se inventarían las escuelas de artes y oficios durante el siglo XIX.

Las circunstancias históricas tampoco coadyuvaban a la continuación de este orden impuesto, como sucedía en las ciudades de provincia y poblados pequeños, en donde casi nunca existía una Academia de Arquitectura de la cual emanaran sus titulados, razón por la cual debían recurrir a “arquitectos” formados empíricamente, es decir, maestros de obra locales. Ejemplos notables fueron Refugio Reyes en Zacatecas, Ceferino Gutiérrez en Guanajuato o José María

74. Distinto a otras obras que el mismo Contrí hiciera años después una vez terminada la lucha armada, como el edificio en la esquina suroeste de 5 de Mayo y Filomeno Mata en el Centro Histórico, donde aparece *S. Contrí, Arquitecto sobre la fachada principal*, muy cerca de la esquina.



Llerena en Michoacán,⁷⁵ por citar sólo algunos de los autores de grandes obras aún en pie. Era tan fuerte esta inercia gremial de los constructores que hubo intentos por “institucionalizarla”. Recordemos la ya mencionada Ley de Instrucción Pública de 1869 que reducía a la Escuela Nacional de Bellas Artes a expedir títulos de “maestros de obras”, mientras que los títulos de los ingenieros arquitectos eran expedidos por la Escuela Especial de Ingenieros, situación que se normalizaría en el porfiriismo, como se tuvo oportunidad de exponer.

La novedad radicaba entonces, no en la competencia secular, sino en la manera de hacer pública la autoría de sus trabajos a través de las inscripciones autorales, con la misma estrategia comercial que los competidores profesionales. El hecho de hacerlo tan visible muestra la permisividad de las autoridades locales. Entre los constructores que a finales del Porfiriato recurrieron a las inscripciones autorales se puede citar a Eduardo Mancebo, con algunas obras aún en pie,⁷⁶ como el edificio en el Paseo de Bucareli, núm. 158, donde nos informa incluso hasta los meses en que la realizó: *Eduardo Mancebo, proyectó y construyó, diciembre de 1904, agosto 1905*, explicando tanto su modalidad creativa como la edificadora. En cambio, en otras obras suyas llegó a presentarse como *Ingeniero civil y Arquitecto*, como en la aún existente casa unifamiliar en Versalles, núm. 39, en la colonia Juárez, donde por el contrario no incluyó ni el año, ni los meses.

75. Para mayor conocimiento de este discípulo de Francisco Eduardo Tresguerras se puede consultar la tesis doctoral, aún inédita, de José Gerardo Guízar Bermúdez, titulada *José María Llerena, un arquitecto ilustrado en Cotija de la Paz y su legado en el occidente del Obispado de Michoacán*, UNAM, 2010.

76. Otras no tuvieron esa suerte, como la que identificó Katzman en la calle de Sadi Carnot, núms. 18 y 20, en la colonia San Rafael, actualmente perdidas para siempre.

Figura 33

Eustaquio Martínez fue un activo constructor durante las tres primeras décadas del siglo XX. Sus inscripciones autorales aún podemos verlas inscritas en sus numerosas obras domésticas, como ésta que aparece en las casitas en hilera que realizó en la calle de Yucatán en la colonia Roma. Foto: ISMC, 2011.

Figuras 34 y 35

Esta obra emblemática del *art nouveau* en la arquitectura doméstica mexicana se debe a este constructor de probable origen catalán. Su inscripción autoral se halla inscrita justo encima de la clave de su acceso principal, con la dirección del despacho, lo cual demuestra su finalidad comercial. Fotos: ISMC, 2011.

En contraste, más tradicionalista en sus formas fue Eustaquio Martínez, quien se anunciaba como “constructor” en sus obras domésticas, sobre todo en este género, que no siempre demandaba una formación profesional, pues los clientes no solían elaborar complejos concursos como ocurría con las obras gubernamentales. Suyas son tres casitas en hilera que construyó en 1908 en la calle de Yucatán, núms. 30, 31 y 32, en la colonia Roma, y otras obras más que realizó durante y después del movimiento revolucionario en ésta y otras colonias cercanas⁷⁷ (Figura 33). A diferencia de los profesionales, este constructor no recurrió a las letras grabadas directamente en los elementos arquitectónicos pétreos existentes –como sillares, jambas o cornisas–, sino que su nombre, año y desempeño edilicio los hizo grabar, sin empacho, en “placas” sobrepuestas que contrastaban adecuadamente con los muros.

Muy distinto fue el caso de E. Prunés, del cual Katzman ya nos había indicado⁷⁸ que se trataba de un maestro de obras de origen catalán, similar a otros coterráneos suyos, pues se sabe que varios de ellos se habían dedicado a la decoración arquitectónica o interiorismo, como se suele llamar ahora. Suyo fue el diseño de la casa en Chihuahua, núm. 78, en la colonia Roma, cuya “placa” autoral colocó en un lugar muy jerárquico, justo arriba del dintel del acceso principal, donde curiosamente insertó lo que podríamos considerar la primera inscripción autoral de un “despacho”: *Arquitectura Prunes*, seguida de su dirección laboral en la calle de Jalapa, en la misma colonia (Figuras 34 y 35). Llama la atención que esta obra, uno de los tres mejores ejemplos de *art nouveau* en arquitectura doméstica en la Ciudad de México,⁷⁹ no haya sido realizada por un arquitecto, que sin embargo demostraba un conocimiento de los estilos arquitectónicos en boga. También encontramos algunos rasgos *nouveau* en la casona que diseñó y construyó en Zacatecas, núm. 120 –sobre todo en el diseño de algunas ventanas–,



34



35

aunque mezclados con elementos moriscos, platerescos y neobarrocos, lo que demuestra el dominio que tenían los constructores acerca del eclecticismo estético durante estas primeras décadas.⁸⁰

Además de estos constructores, también encontramos inscripciones autorales de aquellos talleres o compañías que intervinieron parcialmente en alguno de los elementos materiales de las obras, tales como los nombres de las fundidoras extranjeras de ciertos elementos metálicos, así

77. Como las de Medellín, núm. 196, José Alvarado, núm. 40, Chiapas, núm. 160 y Yucatán, núm. 32, en la colonia Roma, y la de Amsterdam, núm. 272, en la Hipódromo, todas ellas realizadas durante la década de los veinte.

78. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 372.

79. Los otros dos serían, a nuestro juicio, una pequeña casa en Gral. Prim, núm. 39, y los interiores de la Casa Requena en el Centro.

80. En contraste, y contrario a lo que podríamos suponer, durante las siguientes décadas de los veinte y treinta se incrementaron el número de inscripciones autorales de constructores y contratistas, hasta llegar a nombres de empresas y sociedades anónimas, con los cuales el transeúnte poco sabía de las adscripciones profesionales de sus autores.

como compañías o talleres mexicanos, entre ellas, marmolerías, vidrierías y hasta mueblerías. Entre las compañías fundidoras extranjeras que se promocionaron, por medio de esta práctica en México, se puede citar la inscripción de la *Fondería del Pignone, Firenze, Italia*, localizada tanto en la base de las escaleras monumentales del Palacio de Correos, como en los cancelles de las ventanillas de atención al público, o en grandes buzones hacia la calle, y cuya colocación podríamos situar hacia 1902-1907, intervalo en que es construido por el ingeniero Gonzalo Garita, siguiendo el proyecto de Adamo Boari. También en el arranque de las escaleras del Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas del italiano Silvio Contri, obra realizada en 1904-1911, se puede observar la misma inscripción de la fundidora florentina, lo cual se entiende si recordamos la procedencia italiana de sus respectivos autores arquitectos. También la inscripción de los fabricantes extranjeros *Schwartz & Meurer*, con sede en París, se muestra al pie de las columnas metálicas de la antigua tienda departamental La Ciudad de México –luego Fábricas de Francia– en la capital poblana, edificada hacia 1908.⁸¹ Es evidente que la procedencia extranjera de ambas firmas comerciales muestra la dependencia tecnológica que se tenía, sobre todo en los elementos estructurales, que solían encargarse a Alemania, Francia, Italia y Estados Unidos, especialmente a compañías asentadas en Chicago, las que en muchas ocasiones también solían encargarse del cálculo y el suministro de los elementos metálicos estructurales (Figura 36).

Fueron varios los talleres mexicanos que imitaron esta práctica mercantil durante el porfirismo, entre las que se destacan las marmolerías, herrerías y vidrierías, todas ellas manufacturas caras y especializadas que requerían de mano de obra calificada, por lo que la inscripción comercial significaba una recomendación que podía constatarse visiblemente en la calidad misma de la obra que detentaba el anuncio. Así aparecía en el ya mencionado edificio de Genaro Alcorta para la compañía de seguros La Mexicana,⁸² realizado hacia 1906-1908 en la esquina de las actuales calles de Madero e Isabel La Católica de la capital, y en cuyo primer nivel de



fachada se puede leer claramente: *fachada ejecutada por Mármoles de S^{ta} Julia, San Fernando 41*. O bien, en obras del interior del país, en el antiguo Teatro García Carrillo, realizado entre 1906-1908 en la ciudad de Saltillo, Coahuila, por el arquitecto francocanadiense Henri Guindon, en cuyo marco de mármol de la ventanilla de expendio de boletos puede leerse aún en su parte baja: *Talleres de Mármoles Biagi Hermanos, San Luis Potosí, Apartado 238*, así como en la herrería de la misma ventanilla, donde aparece anunciado el taller regiomontano: *Manufacturado por Vargas Hermanos, Monterrey*. En todos estos ejemplos, destaca en la inserción comercial el nombre del taller, su domicilio o el apartado postal, lo cual evidencia la función mercantil de la información.

También los talleres de vitrales imitaron esta práctica comercial, sobre todo si recordamos que la inversión era considerable, por lo que la inserción mercantil apelaba a posibles clientes, muchos de ellos privados, posibles compradores de vitrales más pequeños para sus estancias, comedores o escaleras principales de los palacetes urbanos porfiristas, que emulaban los efectos lumínicos de los vitrales de los edificios públicos. Así por ejemplo, en el pasaje comercial del Ayuntamiento, realizado hacia 1904 en la capital poblana,⁸³

Figura 36
Arranque de la escalera principal del Palacio de Correos, cuya factura fue encargada a la italiana *Fondería del Pignone*, igual que toda la cancelería metálica de su planta baja, los buzones callejeros y las cajas de elevadores. En todos estos elementos, aparece una pequeña placa metálica que informa su florentina procedencia. Foto: ISMC, 2011.

83. Pasaje que siguió el trazo de una antigua callejuela preexistente, se implantó así una tradición comercial parisina decimonónica al cubrir las calles con estructuras ligeras para un uso comercial que aseguraba su continuidad en tiempos de frío o de lluvia.

81. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 284.

82. Obra del arquitecto Genaro Alcorta.



37



38

Figuras 37 y 38
 Dos inscripciones autorales de talleres comerciales que solían colaborar en obras de gran envergadura. Arriba, el nada discreto anuncio de los marmoleros Hermanos Biagi de San Luis Potosí, justo en la ventanilla de la taquilla de boletería. Abajo, anuncio de la casa comercial de Claudio Pellandini en el pasaje comercial del Ayuntamiento en la ciudad de Puebla. Fotos: ISMC, 2011.

se instalaron dos grandes vitrales en ambas bocacalles del pasaje, uno hacia la Plaza Mayor y otro hacia la calle posterior al Ayuntamiento, donde aún puede leerse, a los pies del monumental escudo vítreo de la ciudad: *Fabricante C. Pellandini*, una conocida y pujante empresa que además de vitrales realizaba costosos espejos y muebles finos, compitiendo con los enseres que fabricaba El Palacio de Hierro y con el mobiliario que diseñaba y fabricaba el alemán Jorge Unna en San Luis Potosí⁸⁴ (Figuras 37 y 38).

84. La compañía de Claudio Pellandini se inició como una tienda de decoración en 1839, que progresó gradualmente hasta que fue necesario fundar una fábrica, inaugurada en 1899, la cual llegó a tener más de 200 obreros. Fue una empresa muy importante en el ramo de producción de muebles y llegó a competir con las fábricas del Palacio de Hierro. En ella se producían vitrales, tragaluces, marquesinas, cancelos, muebles de jardín, vitrinas, espejos, marcos y figuras de yeso. Información inédita tomada de la tesis de doctorado de Martha Eugenia Alfaro Cuevas, *Jorge Unna Gerson, pionero del diseño industrial en México, el rescate de una empresa potosina*, Posgrado de Historia del Arte, UNAM, 2010.

EPÍLOGO

Las inscripciones autorales son parte de la dimensión física de la arquitectura y, por ende, son testimonios históricos que nos vinculan directamente con sus autores: sus nombres –o al menos, de aquellos que presumían merecer ese reconocimiento–, los años de su construcción –aunque a veces difieran un poco de la realidad–, sus adscripciones profesionales o gremiales, es decir, cómo decidían mostrarse ante los transeúntes, así como los colectivos que representaban. Las primeras inscripciones autorales se hicieron sólo grabando directamente sus nombres sobre los elementos arquitectónicos –principalmente cornisas y sillares–, pero luego, por razones promocionales, comenzaron a utilizar la modalidad de “placas” sobrepuestas. Al principio sólo contenían el nombre, el año y la adscripción profesional, pero con el tiempo empezaron a incluir las direcciones de los despachos. Su ubicación en las obras no fue fortuita: casi siempre en la planta baja o en la planta noble, o bien, en las cornisas que las solían dividir. También fue común colocarlas cerca de la entrada principal o en la esquina, si se trataba de dos avenidas céntricas.

La aplicación de la metodología del peinado de calles ha permitido registrar muchas inscripciones que aún se conservan, pero también otras que han sido borradas para siempre, algunas por el deterioro del tiempo, y otras por la ignorancia o especulación de los propietarios. Ha sido común encontrar lonas y cables que las tapan, pintura de colores que las recubren, humedades que las han mermado, así como todo tipo de afectaciones parciales o totales. El desdén y la ignorancia de propietarios e inquilinos son manifiestos. Si no son capaces de valorar toda una obra arquitectónica, mucho menos una de sus partes.

Estas informaciones autorales deben entenderse en el contexto de una ciudad que era recorrida a pie una y mil veces, donde los automóviles eran escasos y, sobre todo, lentos. La vida urbana se desenvolvía en las calles, donde los vecinos se conocían y en las que todo tipo de comerciantes ofrecían variados enseres y comestibles: hasta chichicuilites pescados en lo que aún quedaba del Lago de Texcoco. Y si bien todavía existía mucho analfabetismo entre la mayoría de la población –que seguramente no podría leerlas–, los autores de las obras se orientaban con claridad a sus potenciales y letrados clientes: no es casualidad que las hubieran

colocado en las colonias medias y altas, como Santa María, San Rafael y el Centro mismo, en una primera etapa, para luego insertarlas en Juárez, Cuauhtémoc y la extensa colonia Roma, para finalmente orientarse a Polanco, Verónica Anzures y Nápoles, cuando el fenómeno comenzaría a decrecer gradualmente hacia la década de los sesenta. La comercialización profesional tomaría otros derroteros: revistas especializadas de construcción e interiorismo suplirían lentamente a las inscripciones autorales, hasta llegar hoy en día a la promoción electrónica, donde los despachos anuncian experiencias realizadas, proyectadas y aun las fallidas. El problema historiográfico lo tendrán, sin duda, los historiadores del siglo XXII, cuando no tengan ni nombres grabados en sillares, ni vestigios arqueológicos electrónicos a dónde acudir...

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO CUEVAS, Martha Eugenia, *Jorge Unna Gerson, pionero del diseño industrial en México, el rescate de una empresa potosina*, Tesis de Doctorado, Posgrado de Historia del Arte, UNAM, 2010.
- BÁEZ MACÍAS, Eduardo, *Historia de la Escuela Nacional de Bellas Artes 1781-1910*, UNAM, México, 2009.
- CRUZ VÁZQUEZ, María Amanda, *La enseñanza del dibujo científico y técnico 1821-1910*, Tesis de Maestría, UNAM, 2009.
- GÁLVEZ MEDRANO, Arturo, "Ingenieros e Ingeniería en el siglo XIX", en *La ingeniería civil mexicana: un encuentro con la historia*, Colegio de Ingenieros Civiles de México, México, 1996.
- GUÍZAR BERMÚDEZ, José Gerardo, *José María Llerena, un arquitecto ilustrado en Cotija de la Paz y su legado en el occidente del Obispado de Michoacán*, Tesis de Doctorado, UNAM, 2010.
- HERNÁNDEZ, Vicente Martín, *Arquitectura doméstica de la Ciudad de México 1890-1925*, UNAM, México, 1981.
- KATZMAN, Israel, *Arquitectura del siglo XIX en México*, Trillas, México, 1993.
- RIVERA GARZA, Cristina, *La Castañeda, narrativas dolientes desde el Manicomio General. México 1910-1930*, Colección Centenarios, Tusquets, México, 2010.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel A., *El origen de los ingenieros militares en el mundo y en México*, Ofset Vera, México, 1949.
- SEGURAJÁUREGUI, Elena, *Arquitectura porfirista, la colonia Juárez*, Tilde/UAM Azcapotzalco, México, 1990.
- TAVARES LÓPEZ, Edgar, *Colonia Roma*, Clío, México, 1995.
- VELÁZQUEZ ESTRADA, Rosalía y María Cristina Montoya Rivero, "Encuentro de dos ingenierías; la del México Antiguo y la de la Nueva España", en Gálvez Medrano, Arturo, *La ingeniería civil mexicana: un encuentro con la historia*, Colegio de Ingenieros Civiles de México, México, 1996.

ARCHIVOS

Dirección de Archivo Militar, Archivo e Historia, Sedena (se agradecen las facilidades otorgadas para la consulta de documentos militares no clasificados).